

# **El Atlas del Folklore de Chile**

**La Cultura Folklórica desde Adentro**

**MANUEL DANNEMANN**

El gran pensador alemán Ernst Cassirer, en la Primera Parte de su obra titulada *Antropología Filosófica*, señala que el ser humano “vive, más bien, en medio de emociones, esperanzas y temores, ilusiones y desilusiones imaginarias, en medio de sus fantasías y de sus sueños”; reflexión que corrobora con una cita de Epicteto: “Lo que perturba y alarma al hombre no son las cosas sino sus opiniones y figuraciones sobre las cosas” (CASSIRER).

En todas las áreas del saber, incluyendo las científicas y respecto de éstas en particular en los ámbitos de las ciencias que se ocupan de la cultura y de la sociedad, surgen situaciones que llevan a comprobar las afirmaciones anteriores, cuando se mezclan, peligrosamente, la realidad misma de la existencia de los hechos con la subjetividad en la observación y descripción de ellos, por lo común a causa del uso de métodos que adolecen de graves limitaciones.

En ningún campo de estudio como en el del folklore se han producido más confusiones y más efectos de extrema anarquía, como son los que provienen de las apariencias de los acontecimientos y de las interpretaciones de ellas; lo que cabría inferir de razones bien determinadas.

En primer término, recuérdese que el acuñador del vocablo folklóre, el inglés William John Thoms, en su proclama acerca de la importancia de las indagaciones concernientes a "usos, costumbres, observancias religiosas, supersticiones, cantares, proverbios, etc., de los viejos tiempos" (MERTON), y mucho más explícitamente en posteriores intentos de caracterización de esta materia, la circunscribió a la conducta de personas de condición eminentemente rural, de bajo índice educacional y de precario nivel socioeconómico, con lo que plasmó un concepto de *pueblo* y *popular*, de enorme rigidez, sujeto, además al imperativo de lo *antiguo* amenazado por el constante riesgo de la extinción, el cual, ciento treinta años después, resulta predominante en algunas teorizaciones, en especial y muy mayoritariamente en nuestros países de América Latina, estableciéndose, de esta manera, una actitud evaluadora *sociologista* del folklóre, como lo he planteado críticamente en trabajos anteriores (DANNEMANN, Teorías), que ha sido magnificada y aprovechada arbitrariamente por los mentores de la interpretación marxista-materialista del folklóre, los cuales han llegado a sostener que él "es únicamente patrimonio de las clases explotadas. Constituye la cultura de los desposeídos, que se contrapone a los puntos de vista oficiales de las clases dominantes" (LARA).

He aquí cómo prejuicios y normas prefijadas, han impedido apreciar con veracidad qué ocurre en los comportamientos habituales llamados folklóricos, quiénes participan en ellos y en qué circunstancias.

Pero volvamos al ilustre Thoms, para agregar que él, asimismo, delimitó, enumerativamente, la temática del folklóre, restringiéndola a ciertas expresiones, con énfasis en algunas de ellas, si se repara en la nómina antes transcrita, no obstante dejar abierta una ancha y flexible expectativa, al incluir los "usos y costumbres", aunque no se evidencie en sus escritos que haya pensado en la acepción de estos vocablos en cuanto a empleo de cualquier bien cultural, en el sentido de acción funcional: la costumbre de cantar, de creer, de orar, de viajar... Subestimó así la profunda significación que tiene el folklóre como clase de comportamiento, y la cual está por encima de la valoración de las *cosas folklóricas* aisladas y preconicionadas por factores taxativos originados especulativamente, y que, con tanto empeño, él y sus seguidores han tratado de

peculiarizar, cayendo en un *cosalismo* que se traduce en listas de hechos culturales y sociales, y en los requisitos imprescindibles para que ellos sean folklóricos, criterio que con mayor o menor minuciosidad se pone en práctica hasta nuestros días (VARIOS AUTORES).

Los grandes principios doctrinarios y los esfuerzos metodológicos que, por vez primera, mueven a concebir una *Ciencia Folklórica*, surgen a fines del siglo pasado y a comienzos del presente, consolidándose a través de contribuciones tan sólidas como La Metodología Folklórica de Kaarle Krohn (KROHN). Pero debe tomarse muy en cuenta que se dirigen a las especies narrativas, preponderantemente al *cuento folklórico*, cuyas investigaciones clásicas sobre sus argumentos, motivos, diversidad de versiones, orígenes, dispersión, culminan con el formidable aporte del erudito norteamericano Stith Thompson (THOMPSON). Más adelante y de un modo a veces asombrosamente drástico, se procura incrustar cualquier bien cultural presuntamente folklórico, en el mismo inamovible *marco teórico* construido para dichas especies narrativas, lo que suscita serios trastornos a los interesados y alcanza un fuerte grado de múltiples contradicciones cuando se pretende aplicar la pauta general a bebidas y comidas, a medios de transporte, a objetos artesanales, a viviendas y sus anexos . . . , y así se ponen a prueba refinados malabarismos intelectuales y sutiles adaptaciones, para imponer en todos los casos la sagrada e inexorable regla de lo *anónimo*, de lo *oral* y de lo *popular*, sin especificaciones satisfactorias precisas de otros de los requisitos obligatorios del folklore, como lo *funcional*, lo *regional* y lo *tradicional*. No es de extrañarse, entonces, que ante este dogmatismo se hayan levantado diferentes réplicas y burlones comentarios como los que le lanza el musicólogo argentino Carlos Vega desde su obra La Ciencia del Folklore (VEGA).

Este ha sido el proceso de la utopía de la invariabilidad y predestinación del folklore, y con toda razón, desde su punto de vista, sus intransigentes partidarios prorrumpen en quejas cada vez más plañideras frente a la presunta destrucción paulatina de él, cuya rusticidad y pureza yacen en viejos refranes, en arcaicas canciones, en agónicas creencias, aplastados por los embates tecnológicos modernos.

Estos excesos de las corrientes *cosalista* y *sociologista* han sido examinados y refutados en diversos trabajos aparecidos en

su mayoría en Europa y Estados Unidos, sobresaliendo entre los de la última década los del alemán Hermann Bausinger (BAUSINGER), del italiano Alberto Cirese (CIRESE), de los norteamericanos Roger Abrahams (ABRAHAMS), Alan Dundes (DUNDES) y Américo Paredes (PAREDES). Desafortunadamente ellos han tenido muy escasa divulgación en nuestro país, y no compete a los objetivos de este artículo procurar su síntesis, si bien sus premisas sustanciales poseen una clara concordancia con la realidad de la cultura folklórica comprobada por medio de la aplicación de la metodología del Proyecto Atlas del Folklore de Chile, al cual me referiré a continuación. Si he insistido en señalar los criterios sustentadores del llamado "concepto clásico del folklore", que aún predomina entre los estudiosos chilenos, ha sido con el propósito de demostrar algunos de los contrastes que se producen cuando se confronta su normatividad con lo que verdaderamente acontece respecto de los hábitos retraditionalizados (DANNEMANN, Reflexiones) que se practican funcional y habitualmente.

Paralelamente a las orientaciones que las distintas tendencias científicas en torno a la cultura folklórica producen en el grueso de la gente, por conductos que van desde severos y eruditos libros y cursos universitarios, hasta charlas informativas y simples noticias periodísticas, hay que colocar las consecuencias del amplio movimiento mundial, fortalecido en las últimas tres décadas, destinado a *mostrar* el folklore, principalmente el musical, desde los escenarios, como un espectáculo de proyección, a menudo mezclado con expresiones incuestionablemente no folklóricas y en algunas ocasiones del todo sustituido por ellas, a cargo de solistas o de conjuntos, de actuación muy heterogénea, llegando a extremos penosos y dañinos cuando los intérpretes carecen de los conocimientos y de la formación artística adecuada para transmitir su mensaje, incurriendo en una vulgar parodia. En suma, sus dos grandes direcciones son: una meramente imitativa de las formas de vida folklóricas, y otra abiertamente de incorporación de elementos folklóricos a un lenguaje estético de extensas perspectivas, de verdadera aplicación de caracteres de bienes tradicionales a tareas de creación en la órbita del ballet, de la literatura, de la música, de la pintura, etc.

La primera de ellas se inclina por la fijación y repetición de escenificaciones, que entronizan presuntos arquetipos de

cantos, de danzas, de acompañamientos instrumentales, de personajes, sin que logre, como es obvio, la absoluta espontaneidad y veracidad de las conductas folklóricas que, genuinamente, son vivencias propias, comunitarias e identificadoras de los miembros de un grupo. Se ha empeñado en imponer estilos, modalidades, clases de repertorio, tipos de vestuario, giros lingüísticos, en un alarde de elaboración externa, pero sin alma, sin la fuerza y la hondura del significado de lo que constituye la esencia misma de los comportamientos humanos, con sus defectos y virtudes. He aquí lo que podría denominarse la *plastificación del folklore*, causante de graves peligros de deformación de la realidad cultural folklórica, por cuanto, al amparo de recursos de publicidad, con frecuencia de penetración comercializada, puede conseguir, paradójicamente, que manifestaciones tradicionales recogidas de un conglomerado que las siente suyas, reviertan, a corto o a largo plazo, en él, mediante exhibiciones de esos mismos bienes tradicionales ya *plastificados*, provocándole cambios artificiales y violentos en sus auténticas costumbres. Mucho más deseable sería que los intérpretes solistas y los que componen conjuntos de difusión, fueran capaces de incentivar una conciencia de autovaloración de los legítimos patrimonios tradicionales de las diferentes regiones y localidades de Chile, acrecentando su cultivo y preocupándose menos de los aplausos de los espectadores que asisten, como a cualquier diversión, a las erróneamente llamadas *actuaciones folklóricas*, que hoy confluyen en magnos festivales de determinados efectos en la opinión pública.

Al respecto y a modo de ejemplificación, mientras que en todo Chile la familia musical *tonada* (BARROS, DAN-NEMANN) sufre un aumento de su inexorable agonía, casi ningún *conjunto folklórico* la deja fuera de su repertorio, así sus integrantes pertenezcan a una zona donde no se usa esta clase de canto, habiéndola tenido que aprender de otros conjuntos, con lo cual se hace doble el proceso imitativo al que antes aludí.

El mencionado Proyecto Atlas del Folklore de Chile se inició oficialmente en 1974, centrándose su acción en el grupo de especialistas en el estudio del folklore, del que fuera hasta 1970 el Instituto de Investigaciones Musicales de la Universidad de Chile. Sus tareas han contado, permanentemente, con la ayuda financiera del Servicio de Desarrollo Científico y de

Creación Artística de la misma Universidad, con el apoyo del Departamento Cultural de la Secretaría General de Gobierno, con la colaboración del Convenio Universidad de Chile-Universidad de California, que ha proporcionado medios de movilización y equipos audiovisuales; con la asesoría técnica del ex Director del Atlas del Folklore Alemán, Dr. Matthias Zender; con el generoso patrocinio del Instituto de Educación Rural, que ha autorizado nuestra labor en varias de sus Centrales y facilitado alojamiento y alimentación en ellas.

Este Proyecto tiene un carácter interdisciplinario, basado eminentemente en la Antropología Social y en la Geografía Humana, con las necesarias contribuciones de la Historia, la Lingüística, la Psicología y la Sociología. Su desarrollo consiste en observar y demostrar orgánicamente la dispersión de la cultura empírica comunitaria-tradicional, registrando sus antecedentes históricos, midiendo su grado de vigencia y frecuencia de uso, y señalando, descriptiva y comparativamente, las peculiaridades funcionales y morfológicas de sus distintos rubros, que por motivos de operatividad de trabajo han sido convencionalmente diversificados y ordenados con finalidades de recolección, lo que está sujeto a todas las modificaciones que se desprenden de los resultados del Proyecto, los cuales serán gráficamente presentados en cartas temáticas.

El Atlas del Folklore de Chile comprende 220 localidades distribuidas en todas las Regiones del país, seleccionadas de acuerdo con su alta representatividad de comportamientos folklóricos, los que son encuestados mediante el empleo de un cuestionario único para todos los rubros, a través de un contacto directo de los encuestadores con los informantes-cultores en los lugares de residencia de éstos, sin prescindir de las implicancias de su ambiente sociocultural general y de su medio físico.

Las tareas del Atlas se enfrentan al requerimiento de entregar fuentes para la investigación de una clase de cultura, la denominada folklórica; o *comunitaria-retradicionalizada*, según los que participamos en este Proyecto; en parangón con la fundamentalmente tecnificada-masiva, en procura de nuevas vías de análisis de la conducta cultural global de los habitantes de Chile, para colaborar en la interpretación y comprensión del concepto de nuestra nacionalidad.

Gran parte de las opiniones críticas precedentes las he inferido de mi trabajo como Coordinador del Atlas del Folklore de Chile. Con las otras personas responsabilizadas de su aplicación, examinamos y discutimos ininterrumpidamente muchas ideas sobre las formas de vida tradicionales, después de cumplidas nuestras jornadas en muy diferentes lugares, algunos tremendamente aislados, como Río Grande, en la Comuna de Calama, Provincia de El Loa; otros provistos de abundantes recursos de comunicación y de intercambio de toda índole, como las ciudades de Melipilla y de Puente Alto. Hemos efectuado nuestras indagaciones en agrestes villorrios de pequeños propietarios agrícolas, como El Cajón de la Magdalena, en la Comuna y Provincia de San Antonio, y en sectores residenciales de Las Condes, en el Area Metropolitana, habitados por familias de fuertes ingresos económicos y de poderosa alcurnia.

Invariablemente nuestras pesquisas conducen a dejar constancia de los conocimientos y actividades que nuestros informantes tienen respecto de sus propios hábitos, intentando percatarnos, con la mayor fidelidad, de sus vivencias folklóricas; prescindiendo, por lo tanto, de las simples noticias que pudiesen haber adquirido acerca de las costumbres de quienes no comparten tradiciones comunes. En rigor, se ha establecido que dichos informantes sean efectivamente cultores, vale decir, que practiquen funcional y asiduamente los hechos folklóricos sobre los cuales versen los respectivos cuestionarios que ellos respondan: en el caso de un *villancico*, que lo canten; de un *cuento*, que lo narren; de un objeto artesanal, que lo construyan y/o lo empleen, de un ser mítico, que crean en él. Sólo se aceptan excepciones a esta regla metodológica cuando se posee la certeza o la firme suposición de que pese a tratarse de bienes carentes de cultores, esto es sin vigencia de uso, su relevancia histórico-cultural aconseja documentarlos para evitar su omisión en investigaciones diacrónicas.

De algunas de las explicaciones expuestas, se colige que este Proyecto, gracias al cual se quiere disponer de una comprobación y evaluación actualizadas de la cultura folklórica nacional, no excluye ningún tipo de individuo o de grupo, cualesquiera que sean sus condiciones de edad, sexo, estado civil, domicilio, grado educacional, nivel socioeconómico, creencias religiosas; rigiéndose sí por los procedimientos selectivos

en cuanto a calidad y cantidad de informantes, que aseguren la factibilidad de la aplicación de sus pertinentes encuestas (DANNEMANN, FUHRIMANN). Mal podría, entonces, caer en discriminaciones étnico-sociales, marginando los grupos aborígenes, ya que en ellos también se practican comportamientos retraditionalizados, sea cual fuere su régimen de organización, su sistema de valores, su mayor o menor estado de transculturación en general, y de monolingüismo indígena o de bilingüismo, en particular. Es por eso que las tareas del Atlas también han hecho acopio de fenómenos culturales, proporcionados por la tradición de núcleos de ascendencia *aymara*, *atacameña*, o de estirpe *mapuche-pehuenche* y *mapuche-huilliche*, entre otros conglomerados autóctonos que habitan nuestro territorio.

Así se ha logrado apreciar la cultura folklórica *desde adentro*: se ha comprendido que muchos de los nombres de los bienes espirituales y materiales hasta ahora sometidos a fijaciones genéricas, determinadas por tal o cual investigador, poseen una rica y variada nomenclatura, de acuerdo con su existencia en una u otra localidad, lo que también fuera expuesto, en relación con algunos rubros y con una delimitación zonal, mediante los resultados del Atlas Lingüístico-Etnográfico del Sur de Chile (ARAYA Y OTROS). Además, han quedado en evidencia funciones y significados de comportamientos folklóricos de los cuales se disponía, única o principalmente, de descripciones morfológicas; así como se ha conseguido dejar en claro la intensidad de vigencia de esta clase de cultura en un ámbito nacional, regional o acentuadamente local.

Hasta donde se haya avanzado en el desarrollo de este Proyecto, valga como ejemplificación lo verificado acerca de la adivinanza, cuya definición más breve y simple sería: proposición oral de un enigma con fines lúdicos.

Las encuestas del Atlas indican que es considerablemente usada en todo el país por personas de ambos sexos y de muy disímiles edades, condiciones educacionales y socioeconómicas. Sólo entre los *alacalufes*, reducidos a unos cuarenta sobrevivientes de una terrible extinción, no se la practica en nuestros días. Las de más marcada aceptación tienen contenidos que abarcan una amplia gama de asuntos sexuales, que se plantean mediante la técnica del equívoco, que desemboca en inocentes soluciones. Su forma más común es estrófica, sobresaliendo la

cuarteta octosílaba, de rima completa o incompleta, que puede ser consonante, asonante, o de alternancia de ambas. Las llamadas *adivanzas-cuentos* o *cuentos de adivanzas*, porque las respuestas a las preguntas que formulan sólo se obtienen del argumento de una narración, han disminuido ostensiblemente desde que se publicaron, hace sesenta y cinco años, los mejores estudios sobre ellas (LENZ).

Como dato ilustrativo añadiré que el texto de adivinanza más divulgado en Chile, es el que a continuación transcribo en una de sus más repetidas versiones:

“Una vieja larga y seca  
que le corre la manteca.”

He aquí que este dístico, aparentemente trivial, implica un desafío de orden explicativo en cuanto a su pervivencia, a su propagación y a la reiteración de su empleo, que no sólo concierne a los investigadores de la cultura retraditionalizada, sino que también a los filólogos, a los psicólogos y a los sociólogos.

También el trabajo del Atlas del Folklore nos ha enseñado a respetar la validez y eficacia del principio antropológico, que sitúa la observación y registro de las especies culturales en su ambiente acostumbrado y en el momento mismo de su exteriorización. De esta manera nos hemos percatado cabalmente de la funcionalidad de los bienes folklóricos, sea en coexistencia o no con otros no folklóricos, y hemos reparado en las falacias del cosalismo, al confrontar su preconditionamiento de los hechos culturales, con la realidad de las conductas de quienes constituyen, en ciertas instancias, *comunidades folklóricas* de gran poder de cohesión, en torno al uso de patrimonios retraditionalizados que son identificadores para los miembros de ella. En otros términos la sucesiva selección, re-creación y depuración comunitarias de cualquier manifestación cultural, llevan a concretar la práctica de ésta con carácter folklórico. Pero estas explicaciones exigen algunos ejemplos.

Durante la celebración del ceremonial de La Tirana, que culmina el 16 de julio en el pueblito del mismo nombre, y que consiste en la festividad de romería y de homenaje coreográfico más concurrida que hay en Chile, los *bailes* o cofradías de danzantes elevan sus súplicas y agradecimientos a la Virgen

del Carmen, sustentados por creencias religiosas que son las mismas para cada uno de ellos, conservadas por su macro-tradición cultural.

Esta ceremonia festiva no es en sí propiamente folklórica. Se trata de un conjunto extremadamente complejo de circunstancias —en el más amplio sentido de esta última palabra—, muy propicio para el desarrollo de comportamientos folklóricos, trasuntados, entre otros, en el empleo de cantos, danzas, vestimentas, de los grupos de baile, algunos con una antigüedad que se remonta al siglo pasado, otros, surgidos en años recientes. En todos ellos se advierte la heterogeneidad de sus integrantes, respecto de los ya citados factores educacionales y económicos; pero, mientras rinden su tributo de devoción a los seres sobrenaturales, se aglutinan y se evaden de sus diferencias individuales, incorporándose, así, a la que he designado como comunidad folklórica, entidad social que desaparece una vez finalizado el comportamiento retradicional que la causa, retornando cada uno de sus miembros a ocupar su status no folklórico y a realizar sus actividades cotidianas (DANNEMANN, Teoría).

Los cantos de estas cofradías se transmiten fundamentalmente no por vía oral, sino a través de pequeñas libretas manuscritas, las cuales, al igual, se utilizan para la ejecución de ellos en el curso de la festividad.

Las coreografías reciben con frecuencia innovaciones, y en el presente la mayoría de los movimientos danzados obedecen al patrón rítmico de la *cumbia* (ABADIA), aceptado y asimilado por los bailarines-promeseros de La Tirana, que lo sienten suyo, y que, en consecuencia, puede ahora calificarse como auténtica, no obstante haber sustituido, en gran medida, otros anteriores de una venerable ancianidad.

Las indumentarias exhiben las máximas osadías de cambio, y constituyen corrupciones escandalosas para los puristas de la llamada concepción clásica del folklore. Ya en 1930 se crea el grupo de los *pieles rojas*, con atuendos característicos de indígenas norteamericanos (URIBE), y después han prosperado los *cosacos*, las *españolas*, los *osos*. Pero si ellas persisten, si son otras tantas formas de materializar un aspecto de la finalidad de homenaje a la divinidad, si continúan siendo recreadas y contribuyen a que sus portadores se cohesionen e

identifiquen en una comunidad que las pone en práctica como bienes retraditionalizados, no es posible negarles a estas vestimentas y a su respectivo uso, una verdadera calidad folklórica, calidad que también los puristas de hoy hubieran puesto en tela de juicio o rechazado perentoriamente, si les hubiese tocado en suerte ser testigos presenciales de las primeras actuaciones del viejo *baile de los chunchos*, cuya función es la misma que la de las cofradías con indumentaria moderna.

En suma, los cantos, danzas y vestimentas, anónimos o no, orales o no, populares o no, si han llegado a retraditionalizarse, esto es, a ser propios de un grupo y a estar vigentes en sus conductas de funciones comunitarias e identificadoras, tendrán legitimidad folklórica.

Estas objeciones a los criterios *cosalista* y *sociologista*, que he ejemplificado en relación con expresiones tradicionales de ejercicio masivo, oponiendo la noción específica de comunidad folklórica a la genérica y vaga de pueblo, de popular, conviene trasladarlas al plano de los actos individuales, en contradicción con el requisito de lo colectivo, propugnado por la escuela clásica del folklore: un estudiante en apuros que golpea un objeto de madera para que las preguntas de su examen pertenezcan a la parte de la materia que estudió, lo que hace disimuladamente, avergonzado de que otros lo sorprendan; un niño que se encuentra solo, al cuidado de una naciente sementera de trigo o de una viña cargada de racimos, ahuyentando los pájaros golosos por medio de un canto folklórico especialmente utilizado para este efecto; un maestro mimbreiro que vive huraño y solitario, como ocurre con el de Pueblo de Indios de San Vicente de Tagua-Tagua, pero que produce objetos artesanales con técnicas y formas de la retradición; evidencian maneras de incorporarse a comportamientos comunitarios, compartidos en otras localidades, en los mismos u otros momentos y por otras personas, con iguales peculiaridades elementales de índole cultural y social.

El Atlas del Folklore de Chile ha conferido prioridad a aquellas expresiones ya decantadas por una sólida retraditionalización, enfatizando la representatividad de las que histórica, funcional y morfológicamente, son demostraciones palmarias de nuestro folklore nacional, ya que un Proyecto como éste tiene que ofrecer una imagen de fácil lectura cartográfica, y de sen-

cilla y directa comprensión a través de sus pertinentes comentarios explicativos; de ahí que deliberadamente se hayan omitido, por ahora, manifestaciones que atañen a un folklóre emergente, o sujetas a contingencias de abierta inseguridad en su destino de retraditionalización. Sucesivas reactualizaciones de este Atlas permitirán comprobar cuáles hechos han perdido su vigencia, y, por lo tanto, muerto para la cultura folklórica, y cuáles se han introducido fehacientemente en ella, de acuerdo con la dinámica evolución de todos los procesos humanos.

Sin embargo, y como ya se planteara en una investigación sobre nuestra música tradicional, basada en el avance de dicho Proyecto (DANNEMANN, Situación), éste constituye el instrumento más eficaz que se pueda utilizar en la órbita de nuestra realidad, para apreciar cambios que constantemente están aconteciendo en nuestro folklóre: cuáles rubros son los más vulnerables y cuáles los más resistentes, qué tendencias son las dominantes, qué magnitud de transformación, o de extinción, o de sustitución, hay ahora, en qué elementos constitutivos de las conductas folklóricas y de sus concretizaciones en bienes de cultura, y qué pronósticos serían los apropiados al respecto.

Gracias al Atlas, pues, verificamos la pérdida creciente de algunas formas de viviendas tradicionales en el valle central del país; el lamentable y paulatino abandono de la ejecución del arpa criolla; las aberrantes mutilaciones que sufre la autenticidad de la cerámica de Pomaire y Quinchamalí, debido a presiones comerciales, a sugerencias de coleccionistas y pseudo-expertos, o a desbordes imitativos de sus propias artesanas; el uso folklórico de distintos tipos de sombreros, algunos de los cuales, como muy ostensiblemente el de *huaso*, han atravesado por etapas bien diversas y delimitadas; la firme persistencia de los *cuentos* de Pedro Urdemales; la incuestionable y vigorosa función retraditional del *corrido* danzado de procedencia mexicana; el auge del deporte del *rodeo*, otrora principalmente faena de aparte de ganado; el triunfo de los *árboles de pascua*, naturales o artificiales, con motivo de la celebración de la Navidad, sobre las escenificaciones del Nacimiento de Jesús, establecidas por la evangelización hispano-católica.

Pero no sólo proporciona testimonios de la perdurabilidad e invariabilidad, o de los rotundos cambios, de fenómenos folklóricos en plena existencia retraditional, como asimismo de la franca aparición de otros nuevos que recién la inician propia-

mente, o que habrían penetrado en una presunta trayectoria de retraditionalización; sino que también ensancha y profundiza nuestra percepción y evaluación de comportamientos folklóricos que habían pasado inadvertidos para nosotros, predominantemente en las áreas urbanas, por ser demasiado comunes, por estar simplemente en nuestro diario vivir, sin necesidad de salir a buscarlos como ocultos tesoros en lejanos lugares, ya próximos a perderse en la oscuridad del pasado, según los románticos prejuicios de la teoría clásica, que ya se han citado repetidamente.

Este paralelo genera importantísimas reflexiones acerca de las vivencias folklóricas de cada persona, en contraste con las meras informaciones que tenga cada una de ellas sobre hechos folklóricos, pero sin que éstos le sean vivenciales, sin practicarlos, ajenos a su acción cultural y social.

Creo oportuno ejemplificar este aporte del Atlas que mencioné en último término, con algunas observaciones realizadas por los miembros de su equipo de trabajo, las cuales, inequívocamente, nos ponen ante conductas retraditionalizadas.

Recuérdese la vuelta que dan a la plaza central de Antofagasta, los vehículos de la comitiva de una pareja de novios, después de concluida la ceremonia del matrimonio religioso, haciendo sonar estrepitosamente todos los conductores sus bocinas, como una manera de exteriorizar su alegría, infracción al reglamento del tránsito que en esta circunstancia queda automáticamente impune.

Considérese el silbido prolongado de un hombre, producido mediante una inspiración del aire que pasa por una pequeña abertura, que se deja entre ambos labios apretados, el cual se dirige a una mujer que va por la calle, con finalidades eróticas.

Téngase presente la colocación peculiar que se da en los servicentros, a la manguera de la máquina para cargar combustible, poniéndola, desenrollada y con el extremo metálico colgante, sobre la parte superior de dicha máquina, para indicar la falta de combustible, o de un desperfecto, o de la carencia de energía eléctrica, que impiden el servicio; lo cual implica el empleo de un signo comunicativo desconcertante para quienes ignoran su mensaje semántico.

Aún tiene mucho camino por recorrer el equipo de trabajo del Atlas del Folklore de Chile, hasta completar su labor de

recolección en todas las localidades elegidas, para elaborar después la correspondiente cartografía con los materiales obtenidos. Pero ya ha contribuido fuertemente a la comprobación de la realidad actual de nuestra cultura retradicional, a través del más grande acopio de datos hecho hasta ahora de ella, valiéndose de una acuciosa metodología integral, y a la reformulación de criterios y conceptos que conciernen a la Teoría del Folklore como Disciplina Antropológica, esto último bosquejado en este artículo cuya publicación agradezco a la Revista Atenea.

Sus aportes de hoy y del futuro, como es obvio, incidirán en la búsqueda, examen y defensa de los valores de la chilenidad, por lo que estamos conscientes de la necesidad de cumplir esta misión con la capacidad, la perseverancia y el afecto que ella merece.

Expreso mi reconocimiento por la ayuda recibida de tres colaboradoras de la Facultad de Ciencias y Artes Musicales y de la Representación de la Universidad de Chile, participantes permanentes en las tareas del Proyecto: Joyce Fuhrmann, quien preparó y revisó la bibliografía utilizada en este estudio; María Isabel Quevedo, quien me entregó los esquemas estadísticos del Atlas; Nancy Sattler, quien compiló y ordenó las fuentes de consulta del Atlas del Folklore de Chile usadas en esta ocasión.

## BIBLIOGRAFIA

- ABADIA, Guillermo. Folklore Colombiano. Revista Colombiana de Folclor, Suplemento Nº 1, Imp. Nacional, Bogotá, 1970, pp. 104-107.
- ABRAHAM, Roger. Personal Power and Social Restraint in the Definition of Folklore. Journal of American Folklore, Vol. 84, Nº 331, 1971, pp. 16-30.
- ARAYA y OTROS. Atlas Lingüístico-Etnográfico del Sur de Chile (ALESUCH). Tomo I, Coedición Instituto de Filología de la Universidad Austral de Chile y Editorial Andrés Bello, 1973.
- BARROS, Raquel y DANNEMANN, Manuel. Introducción al Estudio de la Tonada. Revista Musical Chilena, Año XVIII, Nº 39, julio-setiembre 1964, pp. 105-114.
- BAUSINGER, Hermann. Volkskunde von der Altertumswissenschaft zur Kulturanalyse. Verlag Carl Habel, Darmstadt und Berlin, 1972.
- CASSIRER, Ernst. Antropología Filosófica. Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, 1931, p. 47.
- CIRESE, Alberto. Altérité et Dénivellement Culturels dans les Sociétés dites Supérieures. Ethnologia Europaea, Vol. I, Nº 1, 1967.

- DANNEMANN, Manuel. Teoría Folklórica. Planteamientos Críticos y Propositiones Básicas. En Teorías del Folklore en América Latina. Biblioteca INIDEF 1 CONAC, Caracas, 1975, pp. 13-43.
- DANNEMANN, Manuel. Situación Actual de la Música Folklórica Chilena según el Atlas del Folklore de Chile. Revista Musical Chilena, Año XXIX, Nº 131, julio-setiembre 1975, pp. 38-86.
- DANNEMANN, Manuel. Nuevas Reflexiones en Torno al Concepto de Folklore. Revista de Folklore Americano, Nº 22, diciembre 1976, pp. 121-129.
- DANNEMANN, Manuel y FUHRIMANN, Joyce. Atlas del Folklore de Chile. Manual de Instrucciones. Imp. de la Facultad de Ciencias y Artes Musicales y de la Representación de la Universidad de Chile, Santiago, 1975.
- DUNDES, Alan. The Devolutionary Premise in Folklore Theory. Journal of the Folklore Institute, Indiana University, Vol. VI, Nº 1, June 1969, pp. 5-19.
- KROHN, Kaarle. Die Folkloristische Arbeitsmethode. Aschehough, Oslo, 1926.
- LARA, Celso. Aproximación Científica al Estudio del Folklore. Folklore Americano, Nº 22, diciembre 1976, pp. 53-79.
- LENZ, Rodolfo. Cuentos de Adivinanzas Corrientes en Chile. Imp. Universitaria, Santiago, 1912-1914.
- MERTON, Ambrosio (Pseud. de W. J. Thoms). Véase Ismael Moya. Didáctica del Folklore. Librería y Editorial "El Ateneo", Buenos Aires, 1948, pp. 9-12.
- PAREDES, Américo. Concepts about Folklore in Latin America and the United States. Journal of the Folklore Institute, Indiana University, Vol. VI, Nº 1, June 1969, pp. 20-38.
- THOMPSON, Stith. El Cuento Folklórico. Universidad Central de Venezuela, Ediciones de la Biblioteca, Caracas, 1972.
- URIBE, Juan. La Tirana de Tarapacá. Revista Mapocho, Nº 2, julio 1963, p. 89.
- VEGA, Carlos. La Ciencia del Folklore. Editorial Nova, Buenos Aires, 1960, pp. 97-108.
- VARIOS AUTORES. Teorías del Folklore en América Latina. Biblioteca INIDEF 1 CONAC, Caracas, 1975.